

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
México

IX

Al día siguiente, Gabriela, que no había olvidado los informes del vizconde, recorrió á las cinco de la tarde, al trote largo de sus caballos blancos, los Campos Eliseos, la avenida del Bosque de Bolonia, y dió tres veces la vuelta al lago buscando inútilmente el landó azul.

La princesa no apareció por ninguno de los cuatro puntos cardinales.

Entonces Gabriela ordenó á su cochero que bajara por la calle de Francisco I y volviese por la calle de Courcelle á la Avenida de Antin.

En esta calle estaba el hotel de la princesa, precedido de un jardín cercado por una verja.

Al pasar por allí, la condesa levantó los ojos y vió en uno de los balcones del primer piso á Roberto y dos ó tres amigos de la princesa que fumaban tranquilamente. Al verla, la saludaron.

Roberto se turbó, y tuvo necesidad para

ocultar su turbación de volverse de espaldas.

Gabriela contestó al saludo y pasó, no sin hacer un gesto de burla casi imperceptible.

La princesa estaba ineluctablemente recostada en un diván circular que había en el centro del salón que soportaba un enorme canastillo de flores.

—Princesa—dijo de Tresmes.—Si queréis ver una de las mujeres más hermosas de París, á la par que de las más dignas, venid al balcón en seguida, porque va á desaparecer.

—¿Quién es?—Preguntó sin abandonar su postura.

—La condesa de Branville.

—¿La mujer del general?

—La misma.

—Pues si se parece á su marido, no debe ser muy joven.

—Perdonad, princesa; no la conocéis. No tiene más que veintidos años.

—En efecto, ahora recuerdo. Es una situación muy agradable para ella. La misma que hubiera deseado para mí. El bello ideal de las mujeres de talento es tener un marido tan viejo como el general ó como lord Fowler.

Y al mismo tiempo daba golpecitos con su abanico en la mano de un viejo inglés, que tieso como diplomático que era, estaba en acecho ante su belleza, como un pointer á la vista de una liebre.

—Siempre con vuestras paradojas, princesa—dijo de Tresmes.

—¿Paradojas! No. La mujer que se casa en esas condiciones posee todo lo bueno que puede dar el matrimonio, sin conocer ninguna de

sus penas. Se tiene la libertad, la independencia, el título y la franqueza del lenguaje. No se conocen las cargas ni las obligaciones, á no ser que el marido sea tan ridículo que vaya á tener los celos de Otelo, ó lo que es aún peor en un viejo, las pretensiones de un Don Juan que al menos tiene la ventaja de asegurar el desenlace de lo que yo llamo la independencia del territorio. ¿Es rico el general?

—Muy rico.

—¿Es bueno?

—Excelente.

—¿Es querido por todos los que le tratan?

—Aún más. Todo el que le trata le quiere.

—¿Hasta su mujer?

—No lo dudéis, princesa. Hasta su mujer le quiere.

—¡Oh! Tened cuidado, señor de Tresmes, vais á caer en lo inverosímil, y tal vez habéis olvidado que son excépticos los que os escuchan?

—Os digo la verdad. Si no me creéis, podéis interrogar á Roberto que es de la casa.

—Es verdad—dijo la princesa volviéndose hacia el capitán.—Vos debéis conocer á la condesa mejor que nadie, puesto que la véis todos los días. ¿No sois el pupilo, casi el hijo, tal vez el hijo del general, si he de creer ciertas anécdotas que se cuentan de su vida de guarnición.

—No tengo el honor de ser hijo del señor de Branville. No soy más que su protegido, pero le quiero tanto como si fuera mi padre. Nunca me he informado formalmente sobre mi nacimiento. Tampoco he conocido á mi pobre madre, y esa es tal vez la causa de que jamás me

vean alegre como da Tresmes ó satisfecho como Saint Remy. Las miserias del niño abandonado en sus primeros años quedan siempre profundamente grabadas en su rostro, suceda lo que quiera, y aunque más tarde se vea su existencia iluminada por los rayos del sol de la felicidad. Es un sello indeleble que da á su rostro la amargura de su sonrisa y la expresión grave y melancólica que tanto os desagrada ver en mí, y de la que tanto os quejáis.

—Estáis equivocado, Roberto—replicó la princesa—no me quejo. Lo que yo quisiera saber, mi deseo, estar segura de que vuestra tristeza no obedece á otra causa. Todas las mujeres, hasta las peores, tenemos en nuestras almas algo de la hermana de la Caridad, y siempre nos agrada poder consolar al afligido. Pero volvamos á la generala. Asegurara de Tresmes, hace un instante, que ama á su marido, como si fuera posible amar á un marido de sesenta años, de capital aumentado en los intereses.

—¿Y por que no? El general se casó con ella por bondad.

—Decid más bien por egoismo.

—El general es incapaz de semejante cosa, y así lo comprende la condesa. Yo, que le conozco, sé que es imposible vivir á su lado sin sentirse atraído por la belleza de su carácter y por los nobilísimos sentimientos de su corazón. Sus delicadas atenciones hacen olvidar el color de sus cabellos, pues una bondad paternal y constante como la suya triunfa siempre de la rebeldía de los sentidos contra la razón; y que, en fin... más vale, en un mari-

do, la juventud del corazón, que la juventud de los sentidos!

—¡Qué raro sois!—contestó la princesa.—He dicho por egoísmo, y os lo voy á demostrar. ¿Cuál es el hombre que, llegando á la edad del general, y estando como él, dotado del más refinado gusto, de aristocráticas costumbres, y por consecuencia voluptuoso, que es aficionado á objetos de arte, á pinturas valiosas, á figuritas modeladas por los mejores artistas, que no desee poseer en su palacio, en medio de todas sus riquezas, la más valiosa de todas, y sin la cual resultan las demás inanimadas é inútiles, la principal creación de la naturaleza, es decir—ya debería callarme por modestia, pero no hablo más que para desengañaros—una mujer joven, hermosa y llena de encantos? ¿Qué representa una casa donde le falta la joya principal, la más querida y la más rara de todas, y para la cual se han hecho las demás?

Recordad los consejos que daba Triboulet á Francisco I. Verdad tan evidente no se ha dicho jamás en mejores versos. De modo que el general, que tiene dadas muchas pruebas de talento, se aterrorizaba al verse envejecer y llegar á la edad del desamparo y de la soledad.

Tal vez dentro de pocos meses ya no tendrá distracciones ni regimiento que mandar, pues en vuestro país licencian á los soldados cuando más útiles son por los conocimientos y la experiencia adquiridos en largos años de servicios, experiencia que falta á los jóvenes.

Se asustó del vacío que iba á hacerse en derredor suyo, cuando encontró una mujer jo-

ven, bella—me han dicho que es hermosísima—admirablemente educada, inteligente, dotada de todos los encantos por la naturaleza y por la educación de todos los talentos.

—Se figuró que aquella mujer—y yo le felicito por su elección—era un tesoro que le ofrecía su buena estrella, un diamante inapreciable á los ojos de los lapidarios mundanos, y se apresuró á comprarle. Propuso condiciones y ofreció un precio que fueron aceptados. La compra se efectuó, y se llevó el género á su domicilio.

Ha sido un trato ventajoso, desde cierto punto de vista, para ambas partes; pero oneroso seguramente para una de ellas, para la condesa, que no lo confesará, y esto lo digo por propia experiencia, pues lo mismo me sucedió con mi noble esposo. Las mujeres rara vez confesamos que nos sea duro cumplir ciertos deberes, y si lo hacemos, es entre nosotras y nunca delante de los hombres. El general debe estar agradecido de su esposa, quien á su vez, cuando haya cumplido sus obligaciones y vuelva á ser libre, probará, más pronto ó más tarde, que comprende su situación y que no echa en olvido los derechos que le pertenecen.

—Veo que sois muy pesimista y que no creéis en nada.

—Creo en el amor.

—¿Y en la virtud?

—Creo en el amor, que es el móvil supremo de todas nuestras acciones, al menos para nosotras, pobres mujeres. El hombre puede tener distracciones en otra parte, el orgullo satisfecho, la ambición que le agujeronea y le empuja, el interés que le apasiona. La mujer no tie-

ne mas que un fin, ¡ser amada! una ocupación, ¡amar! Todo lo demás es el accesorio y el medio. Lo que hacemos y decimos solo se relaciona con esta conquista, el único toisón de oro que deseamos y que conservamos tenazmente cuando le hemos obtenido.

Si alguna de nosotras os sostuviera lo contrario, no la creais, porque miente, y si no, es que pertenece á un mundo donde prevalecen las inquietudes de la vida animal sobre preocupaciones de un orden superior. La condesa de Branville no se encuentra en este último caso; así, pues... creo que me habréis comprendido. Los paseos por el bosque luciendo sus magníficos caballos y sus preciosos vestidos, cuyo gusto me ha chocado—pues he deseado verla y la he visto—sin saber por qué.

La princesa miró atentamente á Roberto, que se sonrojó.

—El interés que se toma en este momento para atraer á sus salones á los hombres de talento más distinguidos, hasta las mismas atenciones que tiene con su marido, no provienen más que de un deseo de brillar, de agradar y de seducir al hombre que busca y sobre el cual ya ha fijado su atención. Aparenta hablar y agradecer á todos, pero no se dirige más que á una sola persona. Si os explico tan fácilmente sus intenciones, es porque todo lo que ella hace yo lo he hecho, lo que quiere lo he querido y lo que sufre—sin decirlo, y sobre todo sin aparentarlo—lo he sufrido yo antes. Y no es que yo me suponga ni menos buena ni más imperfecta que las demás.

Todas, unas más, otras menos, tenemos los mismos vicios, sies que para conformarnos con

la opinión del mundo hay que llamar vicio á la necesidad irresistible de expansión que nos domina, y que no lograrán cambiar todos los argumentos de los moralistas. En el alma y en el rostro tenemos ligeras variaciones, pero en suma, la estructura es la misma y las diferencias están en los detalles y no en el conjunto. Si nos arraucasen del corazón el deseo de amar que Dios nos puso, se acabaría el género humano, y debe de durar tanto como el universo, que, miedo me da pensarlo, es eterno.

—Querida princesa—dijo Roberto—creo que he juzgado de diferente modo y mejor que vos á la señora de Branville, la cual, estoy seguro, no faltará á sus deberes. Todo lo que hace es para mostrar su agradecimiento á su marido, que es feliz en extremo, y á quien quiere hacer grata la vida.

—¿Vos creéis eso?

—Seguramente.

—Pues no lo dudéis; el cansancio vendrá y con él el fastidio. Más hubiera valido al general emprender una ó dos campañas más—que es un trabajo duro—que dedicarse al género de vida, que por mostrarse agradecida va á condenarle su esposa. Sin embargo, admito que esa vida presenta sus compensaciones, pues para una barba gris como la suya, debe ser una dulzura inestimable poder respirar los perfumes de una boca fresca y sonrosada. Pero lo que á mí me extraña es ella, Roberto. ¡Lo que debe sufrir, cuando después de los triunfos obtenidos por su vanidad en los salones, donde elegantes admiradores habrán agotado á sus rodillas todo el vocabulario de la galanteria francesa, en esa hora donde le se-

ría tan dulce abandonar su espíritu ó su corazón á las realidades más prácticas del amor, se encuentra cada día, ó mejor dicho, cada noche, con la carga de ese deber que vos juzgáis tan fácil de cumplir!

Un alma noble y fuerte, al principio no debe desfallecer, pero más tarde, la esposa, cansada por el peso de esa alianza, que cada día le es más dura, se hastía de su dueño y señor, se horroriza de los hierros que aceptó, y empieza á hacer comparaciones, que los adoradores que la rodean hacen aún más peligrosas, y llega un día en que, sea cual fuere la pasión que ese deber que tanto alabáis, pudo inspirarla, llega un día, repito, en que piensa que Dios no la envió únicamente á este mundo para que su seno sirva de edredón al sér caduco que pronto desaparecerá tras la losa de una tumba, que la juventud llama á la juventud, y que la vida debe unirse con la vida y no á los restos de la nada.

Y así pasando de los sueños á las meditaciones, que no cesan en la noche sobre las puntillas de las almohadas y en el día sobre los divanes de un salón Luis XVI ó sobre los asientos de un magnífico carruaje, arrastrado por dos caballos blancos, se llega á las confidencias y de allí á los apretones de manos y entonces comienza á resbalar indolentemente desde las escabrosas alturas de ese deber quimérico hasta el principio florido del adulterio.

—¿Y vos aprobais esa caída?

—Sin reserva alguna. En una unión ordinaria la pueden excusar mil circunstancias. En tésis general, la condeno pero la juzgo inevitable en la unión de un viejo y una joven, es

más, la considero como una legítima venganza.

—Es una defensa *pro domo*. Quiero decir, de vuestra causa.

—Estáis equivocado. Yo no he hecho lo que digo, pero tenía la tentación y la virtud —si es que se puede llamar así al estado de una mujer que desearía faltar y no puede;—la conservé por la ausencia del ideal que perseguía. ¡Me parece que soy franca!

—¿Y la consecuencia de estas teorías moscovitas?

—¡Decid más bien universales!

—¿Cuál es?

—Temo disgustaros.

—Vos no podéis disgustarme.

—Héla aquí. La condesa ha hecho cuanto ha podido para someterse á su condición. La infeliz ha resistido con todas sus fuerzas. Si debo juzgar por lo que me han referido respecto á sus tristezas pasadas, su viaje á Italia, su aislamiento del principio, no han sido más que tentativas desgraciadas. Hoy juzga que es muy pesada para sus hermosas espaldas la carga que soportaba y la arroja lejos de sí y no piensa en otra cosa que en encontrar al amante escogido por su corazón.

Los caballos blancos que ha comprado no tienen otro objeto. Dentro de un mes le habrá encontrado, y cuando quiera será amada con pasión, pues no en vano se es hermosa. Preguntad á Saint Remy, que no se entusiasma fácilmente. Dentro de seis meses la condesa tendrá su amante.

—Pues bien, querida princesa, sin embargo de todo vuestro talento, no creo una palabra de esa profecía. Vos misma sois un ejemplo

palpable de la falsedad de vuestras teorías. Os habéis casado con un marido viejo y achacososo y le habéis sido fiel cinco años. Vos misma lo habéis asegurado así.

—La virtud consiste menos en los hechos que en las intenciones. La mía me pesaba como á las mujeres que pasan de treinta años y pierden la esperanza del matrimonio. ¡Por eso mi pobre marido fué tan desgraciado! Le aborrecía tanto que no podía verle ni en pintura. Por perderle de vista me lancé en la distracción de los viajes. Llegué hasta las cumbres del Saint Gothard y hubiera temido menos la caída de una avalancha en aquel pintoresco é inseguro país, que ver aparecer á mi esposo á la puerta de mi cuarto. Y lo peor de todo era que él lo comprendía. Hay gentes nerviosas que tiemblan á la vista de un inofensivo ratón y otras que se horrorizan de ver á una araña teger, diligente, su tela. De ese modo me horrorizaba yo á la vista del pobre príncipe. Yo buscaba con afán el sustituto que hubiera podido reemplazarle y que calmando mis excitados nervios le hubiera hecho más llevadera la vida; pero por una fatalidad inexplicable yo no distinguía en ninguna parte las alas de aquel pájaro adorado cuyas fantásticas plumas me acariciaban el rostro en la soledad de mi alcoba. Seguramente hubiera sido tan dichoso como lo es y lo será el general, si el secreto deseo de mi alma se hubiera logrado. La mujer que no carece de nada, reúne todas las facilidades, y si tiene mucho que hacerse perdonar, soporita las caricias de su esposo á fin de obtener misericordia cuando haya menester.

Pero no teniendo nada que temer no prodi-

gaba mis caricias y temo que aquella forzada castidad no haya abreviado en algunos inviernos los días del príncipe que era un hombre galante y que como el general no tenía más defecto que su edad.

Ya veis que no hablo sin experiencia y que si trato esta árdua cuestión, lo hago después de haber conquistado en ella mis grados. ¿Queréis una opinión de una persona más autorizada? Ahí tenéis á lord Fowler que conoce á fondo la humanidad. Preguntadle su opinion.

Lord Fowler, rígido ante la princesa, los ojos fijos en su rostro, había escuchado con la gravedad flemática de un viejo inglés la conversación sostenida entre de Pontis y la princesa.

El inglés era uno de los amigos más antiguos de la bella rusa.

Hacia diez años que la seguía por todas partes, á Paris, en sus excursiones á Niza y en San Petersburgo, cuando regresó después de su viudez.

Normando y cosmopolita, sus excursiones nunca tuvieron otro objetivo que el estudio de la mujer, y confesaba ingenuamente que después de haber estudiado mucho no había aprendido nada. Parecía haber fijado en la princesa sus afecciones platónicas, pues en su aviso reunía las perfecciones todas de la mujer: la belleza, la elegancia, el talento, el capricho y la impenetrabilidad.

Su amistad era muy estrecha y no ocultaba sus simpatías.

Será necesario recordar que lord Fowler contaba sus setenta años cumplidos.

—¿Sobre qué queréis que os dé mi opinion?

—Respecto á la suerte que espera al general de Branville.

—¿Con relación á su matrimonio?

—Sí.

—Le aplicaremos aquella frase de Luis XVI. "A nuestra edad señor mariscal, ya no se puede ser dichoso."

—Y sin embargo lo es—observó la princesa. El viejo diplomático se encogió de hombros.

—Tanto mejor—dijo—esa prueba que la condesa es una mujer de talento, y siempre es agradable conocer una mujer de esa especie. Y, á propósito; acabo de encontrarla. Mi faeton se ha cruzado con su coche. ¡Qué hermosa mujer! ¡Qué incomparable belleza la suya! Si no estuvierais ahí, querida princesa, con vuestras blancas espaldas y esos hermosos ojos que son todo un poema, diría que no hay mujer que pudiera eclipsar una estrella samejante. Dicen que es una provinciana. Creo que es normanda.

—No, milord, bretona.

—Hubiera preferido que fuese normanda. Mi orgullo estaría satisfecho, porque nuestras abuelas eran también normandas. Es una sangre rica y más generosa que la reputación de los que la llevan en sus venas. Prometo felicitar al general por su hallazgo. Es un hombre á quien estimo y quiero. Hemos hecho una campaña juntos en un país donde no estábamos muy á gusto. ¡Qué noble corazón el suyo! Qué alegre compañero! Y tan inteligente como yo en cuestión de faldas. ¿Pero por qué se ha casado tan tarde? Pregunto yo—añadió inclinándose al oído de la princesa—y sin embargo, ¿quién no cedería á esa tentación aun te-

niendo en cuenta las consecuencias funestas que á nuestra edad pueden sobrevenir?

De Tresmes, Saint Remy y los demás contertulios, se habian acercado al grupo formado por la princesa, el inglés y Roberto.

—De modo, milord,—preguntó Palamede—que vos opináis que no hay para-caídas ni para-rayos contra los accidentes destinados, más pronto ó más tarde, al marido que comete la imprudencia de llevar las nieves de su invierno á un *parterre* en plena vejetación?

—Perdonad, de vez en cuando, se suele registrar un milagro, pero yo no creo en ellos. Todo eso no me importaría nada, querida princesa, para aceptar ese *empleo* con el sueldo que me juzgáseis digno de ser favorecido y aunque no cobrara mi sueldo más que una vez por casualidad, y aunque diéseis, sin yo saberlo, á otros una parte de mis honorarios.

La princesa dió un golpecito con su abanico sobre los dedos de lord Fowler que se perdían en el almohadón donde tenfa recostada la cabeza la princesa y se entretenían acariciando sus hermosos cabellos.

—Sois cínico á la par que filósofo—le dijo Constanza.

—El peligro es hipotético y el placer sería seguro—contestó el inglés.

Roberto escuchaba violento aquella conversación. Quería dudar de la realización de aquellas profecías.

La princesa, tal vez para darle celos, vaticinaba con implacable lógica el porvenir de Gabriela, como los cristales de la linterna mágica reproducen sus vistas en la blanca tela que les sirve de fondo.

Luchaba también contra la convicción que comenzaba á apoderarse de él, de que más pronto ó más tarde buscaría la condesa las satisfacciones que el matrimonio no podía darle. Quería apartar de su imaginación aquel pensamiento y no podía coseguirlo.

Por otra parte, Gabriela que, por decirlo así, se perfeccionaba, tanto por el exquisito gusto de sus *toilettes*, como por esa coquetería especial que la mujer más espiritual no adquiere sino en París, iba produciendo cada día más profunda impresión en el corazón del joven.

Llegó á envidiar no solo al general sino á todos los que la rodeaban, á los que la dirigían una frase, á los que la visitaban y hasta á los criados que le servían y gozaban de privilegio de verla á cada instante. Noche y día estaba devorado por el deseo de echarse á los pies de Gabriela y confesarla aquella pasión que le ahogaba. No se atrevía á hablar por miedo, é inútilmente trataba de extinguir su ardiente pasión en la copa de oro que la encantadora moscovita le acercaba á los labios.

Todo le parecía amargo, comparado con la dulce ambrosía que anhelaba, y tenía aversión y despreciaba los placeres que hubieran hecho feliz á Lord Fowler y á todos los contertulios de la princesa, que envidiaban su felicidad.

Descontento de sí mismo y de los demás, se disponía á dejar el salón de la princesa, sin despedirse, cuando aquella le llamó.

—¡Por qué os marcháis tan pronto?—le preguntó con voz más cariñosa.

—No lo sé,—contesto Roberto.

—Esperad. Ya os marcharéis luego.

—Estoy triste y de mal humor esta noche—dijo Roberto.—Además, ¿para qué molestaros con mi compañía? Hoy os toca el turno en la Opera.

—Es cierto. Pero si lo deseáis, nos quedaremos en casa. ¿No soy siempre vuestra esclava?

—No. Id á distraeros. Ya es bastante con que sufra uno de nosotros.

—¿Y de que os quejáis? ¡Tal vez vos mismo no lo sabéis! ¿No tenéis todo lo que puede halagares? ¿No tenéis aun más de lo que podríais desear? No tenéis más que hacer una indicación y seréis obedecido.

Aquellas palabras encerraban una alusión á sus proyectos de matrimonio, proyectos que Roberto entreveía con mal disimulado disgusto.

La princesa le tomó una mano y le interrogaba con ansiedad, como si temiese la contestación.

—Vos sois muy buena,—dijo el capitán;—y yo en cambio ni sé adónde voy ni de dónde vengo. Tengo ideas extrañas y no puedo, como quisiera, reconocer vuestras bondades. Es necesario que me perdonéis. Veo que os hago sufrir. Nada valgo y sin embargo, cuando reflexiono me asusto de lo que veo.

—¡Qué particular sois! Es necesario que os ame ciegamente para aceptaros tal cual sois. Id á dar una vuelta, vestíos y venid después á buscarme al palco. A las nueve en punto os aguardo. Se representa *Copelia*. Un baile precioso.

—Os suplico que me dispenséis por esta noche.

—¡No! Me parece que puedo ordenar.—Y bajando la voz añadió: —¿No soy tu amante? No me niegues este favor.

—Puesto que lo ordenáis así lo haré.

Roberto dió un apretón de manos á la princesa y salió del salón.

—¿Qué tenía hoy el capitán?—preguntó lord Fowler. ¡Estaba turbado! Me parece, hermosa princesa que es uno de los primeros efectos causados por el matrimonio del general. El cuerpo estaba aquí, pero el pensamiento casi adivino dónde estaba. Naturalmente, un oficial joven no puede vivir sin peligro al lado de una hermosura semejante á la de la señora de Branville. ¿No opináis como yo?

La princesa no se inmutó.

—¡Reflexionaré!—Contestó únicamente Constanza.

—Además,—continuó el inglés recalcando maliciosamente todas sus palabras, no notasteis cuando pasó por aquí la condesa, la mirada que dirigió á vuestros balcones. Parecía un cazador furtivo cuando vá á cazar en coto vedado.

En vuestro lugar, estaría á la defensiva. ¡Es mucho más difícil de conservar una conquista que hacerla!

Medio acostada en un diván y apoyada la cabeza en sus diáfanos dedos, la princesa había escuchado en apariencia distraída, las reflexiones de su viejo adorador.

—Si os place estudiar á fondo la cuestión,—le contestó,—quedáos á comer conmigo y acompañadme después al teatro.

¡Ah! Querida princesa; hé aquí una *soirée* que yo no cedería por cuatro mil libras!

—¡Esterlinas!

—¡Esterlinas, *god dam!*—gritó el inglés con alegría al oírlo tiempo que con placer infinito besaba religiosamente una mano de la princesa, la cual pensativa y recordando las últimas palabras que acababa de pronunciar su viejo amigo, murmuró.

—¡Pronto sabré si ha dicho la verdad!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1923 MONTERREY, MEXICO

X

La conversación que Roberto había escuchado en casa de la princesa, turbó profundamente su espíritu.

Antes de ir al hotel de Branville se pasó largo rato por los Campos Eliseos.

Cuando llegó, ya había terminado la comida. La condesa había dejado el comedor, y el general, muellemente recostado en una mecedora, fumaba tranquilamente un magnífico cigarro, cuyo azulado humo se escapaba por las entreabiertas ventanas.

—Tarde llegáis, capitán—dijo el general en cuanto vió al joven;—vas á hacer penitencia por tu poca exactitud. ¡*Tarde venientibus ossa!*—me decía uno de mis tíos que se las echaba de erudito.—Casi casi es el único latín que recuerdo, y no me atrevo á garantizar su calidad.—Siéntate y despacha pronto, *fa presto*. Nos acompañarás á nuestro palco de la Opera, si es que no tienes compromiso para ir á otra parte.

—A otra parte no, mi general, pero en otro palco sí. No es la comida lo que me retrasará, no tengo ningún apetito.

—¡Mal síntoma es ese á tu edad! ¿Estás enfermo?

—Por el contrario, nunca me he sentido mejor.

—Diablo,—repitió el general.—¿Qué es lo que te sucede?

—Os aseguro que nada, mi general.

—Sin duda vas á su palco esta noche; ¿no es cierto?

—Sí mi general.

—Y también por su causa, tal vez por una disputa se te ha retirado el apetito. ¿No es verdad?

—No, mi general. No como, porque no tengo ganas.

—Mal amor es ese que quita el apetito. Cuando yo tenía tu edad y estaba enamorado, porque yo tuve también algunos caprichos, comía de prisa, pero comía los pedazos mayores. Amaba con pasión, pero no por eso dejaba de comer y no hubiera dado una empanada de ternera por un mechón de pelo. Así hay que ser. ¿Y qué te ha dicho tu princesa para cambiarte en galancete desganado?

—Me ha dicho tales cosas, que nunca me atreveré á repetir las ante vos, mi general.

—¿Y por qué no os place repetir las ante mí, mi señor ayudante?

—Porque os enfadaríais, y yo quiero que siempre seáis feliz y estéis satisfecho.

—No tengas miedo. Habla y cuéntame lo que sepas, que no hago caso ni me importan las tonterías que de mí pueden decir.

—Vuestro amigo lord Fowler, estaba en casa de la princesa.

—¡Ola, ola!—repitió el general por tercera vez —Se habrán despachado á su gusto, me habrán calumniado el inglés y la princesa. ¿No es eso?

—¡Tal vez!

—Me lo figuraba. No te inquietes y dime lo que hayan dicho. Esas tonterías no me quitan el sueño.

Tranquilizado el capitán por la plácida sonrisa del conde, hizo un supremo esfuerzo y dijo:

—Lord Fowler ha visto esta tarde á la condesa y ha dicho que pronto tendrá la reputación de ser una de las más hermosas mujeres de París.

—¡No tiene mal gusto Fowler! ¿Y esa era la calumnia? Pues no es más que hacer honor á la verdad.

—Sí, mi general:

—Pues no veo en ello nada de particular.

—Así es en efecto. Además añadió que guiaba con gran maestría los dos caballos más hermosos que se pasean por el Bosque.

—Veo que es inteligente y conocedor.

—Dijo también que ninguna mujer la iguala en elegancia.

—Eso ya no es de mi competencia y creo que tampoco lo sea de la suya.

—Que su distinción es extraordinaria y que es una mujer que eclipsa en todo á las demás.

—Perfectamente. Veo que Fowler es un sér muy amigo de juzgar. Pero ¿y tu princesa; tu hermosa rubia; qué decía?

—Mostrábase en un todo conforme con los juicios de lord Fowler.

—¿Y te quejas?

—Bien sabe Dios que no; pero....

—¿Hay un pero....?

—Sin duda.

—¿Y ese pero me concierne?

—Naturalmente.

Entonces, es la cola de la víbora.

—Añadía que...

—Pero ¡terminarás de una vez!

—O, vais á enfadar.

—No tengas miedo.

—La princesa dijo que os habíais casado....

—¿Con treinta años de retraso?

—No; con veinte solamente.

—Pues tiene razón. ¿Sabes que no es tonta esa mujer? Hasta es benévola conmigo... No son veinte años los que debió decir, sino cuarenta.

—¿Sois de su opinión?

—Completamente. No es preciso venir de Rusia para pensar como ella.

—¡Y yo que casi me enfadaba cuando escuché su conversación!

—Pues no había por qué. Verdad es que hace cuarenta años no había nacido Gabriela; pero dado el caso de que hubiese existido entonces, no puedes figurarte la dicha y la felicidad que debe causar á los veinticinco años poseer una mujer semejante.

Todas las perfecciones reunidas en una sola persona. Todas las caricias y todos los encantos. ¡Vivir bajo su mismo techo! ¡Saber que te pertenece, que es tuya, que nadie puede admirarla y que todo el mundo tiene envidia de tu

felicidad! Esa es una dicha que no tiene igual bajo la capa del cielo. ¡Pero que horrible martirio el verse paralizado para disfrutar de tan inmensa dicha por su misma debilidad, como los navíos que en el invierno se pierden entre los hielos del Polo Norte!

¡Tener que calcular la hora en que por fuerza hay que abandonar esa perla á las manos de otro; pues las tuyas, frías y cadavéricas, no tendrán ya fuerzas para sostenerla, es un veneno que llena de amargura y de desencantos la copa que hace á uno tan dichoso cuando acerca á ella los labios! ¡Ah! tienen razon la princesa y lord Fowler! Los sufrimientos, los quiméricos y dolorosos celos, todas las inquietudes y las críticas todas, que origina un marimonio desigual, están concisamente expliadas con incisiva precisión en esta frase.

“El general se ha casado con una mujer encantadora, adorable, admirada de todo París; es verdaderamente digno de envidia, puesto que ha encontrado una mina de oro, un tesoro de amor, que hará volver locos á los más fuertes, pero... lo ha encontrado con veinte años de retraso. ¡Tiene una mesa servida sumtuosamente, pero ya no tiene apetito! ¡Tiene inmensas riquezas y ya no le quedan ni aun fuerzas para tirarlas por la ventana!”

—Cuando la princesa haya pronunciado estas palabras, se habrá mordido los labios de cierta manera, á la par que detrás de su abanico ocultaría su rostro, donde estaría reflejada una expresión de lástima para el pobre general. ¡No me digas que no! Sería un triple idiota, si á mi edad no conociera lo que es el mundo.

En fin, ¿qué le hemos de hacer? Me sulfuro por una nimiedad que no tiene importancia y me enfado como tú y tanta culpa tengo yo como tienes tú.

El general se había levantado y paseaba con impaciencia á lo largo del comedor.

De pronto paróse frente á Roberto y continuó:

—¡Si! Están en su derecho esas gentes al hablar así, porque á los ojos de los hombres reflexivos, de los que tienen petrificado el corazón, he cometido una locura; pero esa locura me ha hecho feliz. Sufriría tormentos horribles si esa pobre mujer no tuviese la angélica resignación que me los mitiga. Imagina ahora lo que deben ser los celos, la desesperación, la rabia de un marido que, poseedor de una alhaja semejante, saben que se la disputan y que tratan de robarle al mismo tiempo que la compañera de su vida, un honor hasta entonces es inmaculado!

Pero no hablemos más de esto—dijo el general pasándose con rapidez una mano por la frente, como para alejar de sí una idea importuna,—pues me obligarías á que detestase á la princesa, y quiero estimarla, aunque no sea más que por las bondades que contigo tiene. También te doy la enhorabuena, pues es hermosísima, pero aquí, en confianza, te diré que estés con cuidado, porque no la crean sumisa como ese ángel de Dios que se llama Gabriela.

El general se aproximó un momento á la ventana y aspiró con delicia el aire de la noche, que comenzaba á refrescar.

Después, dirigiéndose á su ayudante, le dijo:

—Vamos, ten corazón y no te amilanes por tan poca cosa. Yo voy á ver si la condesa ha terminado de arreglarse.

Y arrojando á la chimenea su cigarro medio consumido, se dirigió al cuarto de su esposa.

Gabriela, sentada frente á su tocador, se miraba con complacencia en un espejo de mano, artísticamente cincelado por un Benvenuto desconocido, mientras que las diestras manos de Rosa peinaban artísticamente sus abundantes cabellos ligeramente tostados por el sol.

—La señora está esta noche bellísima—dijo Rosa;—quisiera poder juzgar yo misma del efecto que hará desde su palco. Me parece que los gemelos de los abonados se dirigirán á vos más de una vez.

—Mal harán en ocuparse de mí, pues nada sacarán en limpio—contestó la condesa.

—La señora no dice lo que piensa. Siempre agrada que se fijen en una y saber que produce buen efecto.

—De modo, mi pobre Rosa, que si tú estuviéses en mi lugar, te gustaría que te mirasen.

—Ya lo creo, señora. Esta camelia encarnada haría muy bien entre estos rizos. Es un regalo de la modista, me la dió hace poco, diciéndome: "Rosa, dad esta camelia á la señora condesa y decidla que la ha fabricado mi mejor obrera".

—Como la mejor obrera en flores yo no conozco más que una, que no tenga igual la naturaleza.

—Tiene razón la señora; pero esta camelia

no parece artificial y tiene una ventaja que no poseen las naturales, y es que no se aja tan pronto.

Terminada de peinar Gabriela, se levantó. Un ligero peinador de muselina blanca cubría sus incomparables formas, dejando descubiertos sus hermosos hombros blancos como el alabastro.

Cuando el general levantó el portier y vió á Gabriela, tan resplandeciente de juventud y hermosura, se quedó abso to.

Largo rato estuvo contemplándola sin que ésta notase su presencia.

Por fin fué notada por un suspiro, mezcla á la vez de sentimiento y de admiración, que no pudo reprimir al comprender toda la verdad de las terribles palabras pronunciadas por la princesa: el general se ha casado con veinte años de retraso.

—Estábais ahí. Es una perfidia indigna de voz. Otra vez cerraré las puertas con llave.

El general, sin responder, se acercó lentamente á su mujer, y posando una mano sobre su espalda, dijo con voz humilde:

—¿Te has enfadado?

—Sí—contestó Gabriela con sequedad,—y mucho más de lo que podéis suponer.

—No lo volveré á hacer. ¡Otorgame tu perdón!

Sin duda la condesa se reprochó aquel corto acceso de cólera, por que de una voz breve dijo á su doncella:

—Rosa, id á buscar mis guantes, que he dejado olvidados en el salón.

Tan pronto como se vieron solos, Gabriela

—¡hó los brazos al cuello de su marido y mirándole con ternura le dijo:

—¡Qué inocente eres! ¿No tienes confianza en mi amor?

El general depositó un beso en la frente de su esposa y salió de la estancia diciendo:

—¡La princesa tiene razón al decir que debí casarme hace treinta años!

XI

Roberto continuaba reflexionando en el comedor, acerca de la conversación que tuvo por la tarde con la princesa y lord Fowler, y entonces comprendió que si en su presencia se habían mostrado recatados y no habían expuesto claramente sus pensamientos ó conclusiones, no dejaba por eso de ser ménos definitiva la condenación del general.

El resultado de aquellas deducciones no era otro sino que Gabriela, á menos de ser un fenómeno de virtud que constituyera excepción en la regla, se dejaría arrastrar por la corriente. Su perdon, así lo comprendería la sociedad, estaba escrito con todas sus letras en la fé de nacimiento del conde.

Comprendía los sufrimientos y las torturas de Gabriela, pues una alma como la suya, elevada y noble, es siempre accesible á la delicadeza de ciertos sentimientos y al cumplimiento del deber. El que debía todo cuanto era al

general, puesto que todo lo había recibido de él y en cambio nada le había dado. ¿no sentía menguar su reconocimiento en la lucha que sostenía entre él y su amor por Gabriela?

De pensamiento en idea y de idea en deducción, llegó el joven ayudante á convencerse que si él como hombre debía mostrarse fuerte por la costumbre de veinte años de lealtad y disciplina, á no considerar inflexible más que el deber, por el cual nunca había vacilado en sacrificar sus placeres y su bienestar, ahora en cambio veía oscilar todas sus buenas resoluciones, cuando trataba de oponerlas á su vehemente pasión.

—Si esto me sucede á mí—pensaba Roberto, —¿qué tormentos no sufrirá esa pobre joven, débil por naturaleza, tímida y sin energía, contra la tentación, el día en que realmente se someta? Y si debo creer á la experiencia de los demás, ese día no debe estar lejano.

El general desaparecía ante el marido, y el afecto se trocaba en celos ante aquella miserable rivalidad.

¡Infalible efecto de las violentas pasiones que nos ciegan y se interponen entre el deber y la conciencia, como las nubes de noviembre entre nuestros ojos y los rayos del sol!

Un ligero ruido sacó al capitán de sus melancólicas reflexiones.

Era la doncella de la condesa, que revolvió el comedor buscando los guantes de su ama que, como era muy natural, no los había encontrado en el salón, ni en el recibimiento, por la sencilla razón de que Gabriela no los había olvidado en ninguna parte.

Esta aparición alegró á Roberto, pues le proporcionaba el placer de hablar de Gabriela.

—¿Qué buscas por ahí?—preguntó.

—Los guantes de la señora—contestó la linda camarera.—¿No los habeis visto?

—¿Los guantes? ¿De qué color son?

—Blancos. Son los que usa para ir á la Opera. Unos guantes largos que llegan hasta el codo.

—¡Hasta el codo! Pues me parece que son bastante largos para poderlos percibir en cualquier parte.

—Sin duda; pero...

—¿No los encuentras?

—No.

La doncella continuaba buscando.

De pronto cesó en su faena, y dándose una palmada en la frente, como si hubiera tenido una idea repentina, exclamó:

—¡Pero qué inocente soy! ¡La señora condesa se ha burlado de mí!

—¡Bah!

—¡Ya lo creo! Ha querido alejarme de su cuarto y ha inventado este pretexto.

¡Alejarte de su cuarto! ¿Para qué?

—¡Ah, ah! Ese es el secreto,—dijo Rosa con aire de misterio.

—¿Pero tú sabes los secretos de tu señora?

—Ya podréis figuraros que no os voy a contar lo que pasa en el cuarto de mi señora.

Toda la sangre del capitán afluyó á su rostro.

—Pero, ¿es que suceden cosas extrañas en el cuarto de tu señora?

—Algunas veces. En fin, que me parece que

la señora ha querido quedarse sola con su esposo.

—¿Y qué de particular hay en eso?

—Nada, pero hace un rato estaba terminando de peinar á la señora, que estaba vestida con un peinador blanco. Le había colocado en la cabeza un clavel, no, una camelia encarnada, más roja que una amapola. Le di el collar de diamantes que le regaló el día de la boda su esposo.

Por casualidad, al ir á sacarle del estuche, vi al señor conde medio oculto tras el portier, que contemplaba con admiración á su esposa y que retenía con trabajo su respiración, ya sabéis que es un poco asmático; yo hice como que no veía nada, y continué arreglando á mi señora, que ignorando la visita, se desnudó completamente. En aquel momento vi al señor y se puso muy enfadada, acaso porque estaba yo allí. Después la señora me dijo:

—En el salon he dejado olvidados mis guantes. Id á buscarlos.

Aquello no fué mas que para poder refirir al señor sin testigos. El enfado no duró mucho, porque apenas había cerrado la puerta, cuando oí el ruido de un beso.

¿Pero qué es lo que estoy diciendo? ¡Qué loca soy! Os estoy aburriendo con mis historias. Dispensadme. Y la alegre bretona se alejó del comedor, cantando una canción muy en boga en aquellos tiempos.

El capitán se quedó inmóvil y apenas sin darse cuenta de lo que acababa de escuchar.

Mientras que Rosa con una indiscreción picaresca le había referido los detalles de aquella escena íntima, toda su sangre se agolpaba

en las sienes y su corazón se agitaba lleno de indignación, como si Gabriela hubiera sido su mujer y acabara de cometer un crimen de *leso matrimonio*.

Figurábase tener ámplios derechos sobre la condesa, y que una cadena invisible que le sujetaba las manos le impedía hacer valer sus pretendidas atribuciones.

Su imaginación no quería recordar las tristes circunstancias que habían casi forzado á Gabriela á aceptar la mano del general, y únicamente tenía presentes los vagos juramentos que habían cambiado en tiempos más felices, y á los cuales atribuía un significado y precisión que jamás habían tenido.

Crispados los dedos por la cólera, apretados los dientes, devorado por los celos, llegó á olvidarse del sitio donde estaba.

De pronto y como movido por un resorte, exclamó:

—Yo no puedo permanecer más tiempo en esta casa.

El aliento de un suspiro llegó hasta él al mismo tiempo que casi imperceptible murmuraron á su lado:

—¿Por qué?

Roberto se volvió bruscamente.

De pie, á su lado, las manos apoyadas en el respaldo de la silla que acababa de dejar, se encontraba la condesa, vestida ya para ir á la ópera.

Una elegante á la par que sencillísima *toilette* hacía resaltar su extraordinaria belleza.

El descote del vestido dejaba entrever su blanca y bien modelada garganta.

En sus hermosos cabellos, ostentaba fresca

y lozana la camelia encarnada, coquetamente colocada por la doncella.

Otra camelia del mismo color, prendida en el angulo del descote, hacia resaltar aún más la blancura de su seno.

—¿Y sois vos quien me pregunta por qué? Pues porque no puedo vivir en una casa donde sufro por todo lo que veo, por todo lo que pasa, por lo que adivino; porque soy muy desgraciado y porque estoy celoso.

—¿De quién? ¿De la princesa Ivanowska?

La vez de la condesa, tierna y cariñosa cuando murmuró «el por qué», se tornó dura y mordaz al pronunciar el nombre de la princesa.

Iba á contestar Roberto, cuando apareció el general vestido de frac y corbata blanca, más elegante que un hombre de treinta años, y más vivaracho que un joven de quince.

Un rayo de alegría rodeaba su cabeza, como las aureolas de oro que circundan las imágenes de los santos, dibujadas por los frailes del monte Athos, para las iglesias griegas.

—No seas perezoso—dijo el conde dirigiéndose á Roberto.—Ponte pronto el frac, el sombrero, los guantes, el traje de batalla, y ofrece el brazo á la condesa.

—Mucho siento no poder complaceros, mi general, pero estoy comprometido, y, á no ser que lo ordenéis formalmente para poder desligarme de mi promesa, tengo el sentimiento de excusarme.

—De ningún modo. Yo no quiero contrariarte. Eres libre como el aire y no tienes por qué faltar á tus promesas. Yo acompañaré á mi mujer y te aseguro, —añadió con aire regocijado,—que no tengo por qué quejarme.

—Tened cuidado, Roberto,—añadió Gabriela.—la princesa os estará aguardando y ya debéis saber que las mujeres somos como los reyes.

En aquel momento Rosa, la doncella, presentó el abrigo de la condesa, una capa forrada de pieles, que cubrió las blancas y satinadas espaldas de su dueña al mismo tiempo que ocultaba los brillantes, menos luminosos, que los húmedos ojos de Gabriela.

La condesa se apoyó con cariño en el brazo de su marido y le condujo hácia la puerta de la estancia.

Antes de franquearla dejó caer una intensa mirada sobre el joven, que ensimismado en sus reflexiones parecía que había hechado raíces en aquel sitio, no lo notó y continuó abismado en sus pensamientos.

El ruido de un carruaje que salía del patio del hotel, le sacó de sus reflexiones.

Por un momento, escuchó aquel ruido que se alejaba.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—¿Por qué no me resuelvo á no verla jamás?